

— Ahora has entrado tú en el mal paso, añadió el amigo; á cada cerdo le llega su San Martín.

Carlos se mordió los labios y siguió su camino.

Como había circulado la noticia por el pueblo, en el que era conocido, todos le miraban. Alguno de los que tenían intimidad con él, al verlo pasar, salía á la puerta de la tienda y le decía: «¿Conque vas, eh?» Otros, sonriendo maliciosamente, decían: «Así se le bajará el orgullo.» Y las muchachas: «¡Pobre Camila!» Él no miraba á nadie, pero se sentía encima, por decirlo así, las miradas de todos, y en aquel momento no le molestaba tanto la idea de ir al servicio, como aquellas sonrisitas de la gente á la que era antipático. «¡Si los pudiese coger uno por uno!» murmuraba empuñando el mango de su cuchillo. Fué á hablar al alcalde, leyó otra vez la lista de los reclutas y volvió á su casa, cerrada la noche. Al entrar vió á Camila llorando en un rincón, y recordando entonces el modo brutal con que le había dado la noticia de su desgracia, sintió remordimientos, se acercó á ella y le dijo en voz baja:

— No hay que desesperarse; además, todavía no es cosa segura.

— ¿Que no es seguro?, exclamó la joven sorprendida.

— Hay también la segunda categoría.

La joven se quedó pensando: segunda categoría, números altos, números bajos, cuarenta días, todas estas ideas se le agolparon confusamente á la cabeza.

— Me parece que me tocará un número alto, dijo Carlos.

— Y entonces no serás soldado.

— Lo seré, pero sólo cuarenta días.

— Pero ¿será verdad?, gritó la joven en un arranque de alegría.

— Sí, necesito tener suerte, respondió Carlos.

— Y yo se lo pediré tanto á Dios, que me hará esta gracia; y corrió á encerrarse en su cuarto.

Carlos experimentó un sentimiento de ternura que hacía mucho tiempo no había sentido; mas como en él hasta los impulsos cariñosos adquirían una expresión de despecho y de cólera, cerró los puños, miró al cielo estrellado, y murmuró apretando los dientes:

— ¡Ah ley infame y maldita que nos obliga á dejar casa, parientes, amigos, todo, para ir á hacer... el presidiario!

En aquel momento se oyó en el camino una voz que cantaba:

— ¡Y no hay Cristo!...

Era el amigo licorista, que al pasar había visto destacarse la figura oscura de Carlos en el fondo alumbrado de la estancia: Carlos se estremeció.

— ¡Morral á la espalda!, añadió la voz alejándose.

Y poco después:

— ¡Pan florecido!

Y más allá:

— ¡Y arrestos!

Siguió á las últimas palabras una carcajada, y luego todo quedó en silencio en el camino oscuro y desierto.

V

Llegó el día en que Carlos tuvo que ir á la ciudad para el sorteo. Marchó por la mañana temprano para volver al día siguiente á la misma hora. Camila le acompañó hasta la carretera, delante de la casa, y haciendo un grande esfuerzo no lloró ni dijo una palabra hasta el momento de separarse. Estaba pálida y tenía en los ojos las señales de la vigilia y del llanto.

Cuando llegaron al camino, reunió todas sus fuerzas, apeló á todo su valor, y estrechando entre las suyas la mano del joven, le dijo con voz trémula:

— Vuelve pronto.

Carlos le indicó que así lo haría.

— Y..., añadió ella en tono de súplica, ¡saca un número alto!

Carlos sonrió, la dió un abrazo y se alejó rápidamente; ella permaneció inmóvil.

— ¡Un número alto!, repitió con voz dulce y temblorosa.

El joven volvió la cabeza al estar á alguna distancia; Camila hizo ademán de sacar el número, convirtió luego este ademán en un saludo y en seguida le envió el último adiós.

Al cabo de un rato entró en su casa, y dejándose caer en una silla, postrada por el esfuerzo hecho, exclamó tristemente: «¡Ah! Si el rey estuviese aquí viendo lo que nos cuesta, no mandaría hacer las quintas. No lo sabe ni hay nadie que se lo dé á entender.»

Es fácil suponer en qué estado pasaría aquel día y la noche siguiente. Había momentos en que se sentía tan abatida que creía no poder llegar al otro día, y otros momentos experimentaba una inquietud, una desazón que casi la obligaba á trabajar con furia, á cansarse, á consumir sus fuerzas, para buscar en el cansancio un poco de reposo. Rezaba, leía, salía por los campos, volvía á su casa, se sentaba en todas las sillas, y siempre se veía delante aquella mano levantada en actitud de meterla en la urna y sacar la papeleta. Vea todas aquellas cartulinas blancas, dobladas, revueltas, moviéndose y mezclándose entre los dedos de Carlos como si estuvieran animadas. «¡Esa!, habría querido decirle. No, la otra. ¡No, por el amor de Dios, aquella de debajo!» Cada pedazo de papel que veía en el suelo, los números trazados en las paredes, todo cuanto te-

nía alguna conexión con lo que le llenaba el alma, la causaba un brusco estremecimiento en el corazón. Dos imágenes, entre otras, se movían continuamente delante de su vista: un soldado que se alejaba por un camino solitario, y se iba haciendo cada vez más pequeño, y desaparecía y reaparecía como un punto negro y volvía á aparecer, y un joven vestido de paisano que por el mismo camino venía á su encuentro cantando, llevando en el sombrero un número que iba agrandándose sin cesar, hasta que ella podía leerlo bien: un número alto, el



Y estrechando entre las suyas las manos del joven...

número tan suspirado, su salvación, su vida. Y estas dos figuras se encontraban, se confundían, se transformaban una en

otra, con rapidísima alternativa acompañada por el corazón con una sucesión igualmente rápida de alegrías y de terrores fatigosos y febriles. Y pasó muchas horas de la noche rezando y llorando.

A la mañana siguiente se puso con sus parientes á esperar á Carlos á la puerta de la casa. Después de una larguísima hora, se vió aparecer en el camino, allá á lo lejos, un grupo de gente, en el que pronto conocieron por el paso rápido, los sombreros blanquecinos y los cantos que de vez en cuando llegaban á su oído, el grupo de jóvenes reclutas.

Camila se apoyó en el brazo de una de sus parientas; el grupo se acercó; la joven y otras personas salieron á su encuentro... ¡Carlos no venía!

Los jóvenes pasaron; todos llevaban su número en el sombrero; uno de ellos saludó á Camila; pero ésta no tuvo ánimo para preguntarle por Carlos, y en su lugar lo hizo uno de sus parientes.

— ¿Y Carlos?, preguntó á uno de los jóvenes que se había quedado algo atrás.

— Ha salido con nosotros, contestó el interpelado; pero debe haber tomado por algún atajo.

— ¿Y qué número ha sacado?

El joven, llamado por los demás, echó á correr sin contestar.

— ¿Qué número?, ¿qué número?, gritaron Camila y toda la familia.

— ¡Aquí tenéis el número!, gritó de pronto una voz detrás de ellos.

Todos se volvieron: era Carlos.

Camila lanzó un grito desesperado: su novio había sacado el número siete.

VI

El amigo de Carlos había servido ocho años en el ejército, y después de cumplir su empeño á fines de 1867, se le dió su licencia absoluta. Cuando soldado había pertenecido, especialmente desde la guerra de 1866, á la clase de los «descontentos políticos;» clase en un principio compuesta únicamente de oficiales, que se extendió luego á los sargentos y acabó por echar raíces hasta entre los soldados. Durante el último año de servicio había estado con su regimiento de guarnición en una ciudad donde había surgido una polémica violenta á propósito del ejército entre los periódicos republicanos y los monárquicos; polémica en la que intervinieron generales, coroneles y oficiales de todo grado; se habían discutido públicamente delicadísimas cuestiones de disciplina y armádose un clamor y un escándalo extraordinarios. Como suele suceder en tales casos, la discusión, ó mejor dicho, la batalla arreciaba é iba prolongándose, de suerte que al poco tiempo, del primer argumento, que era la administración superior del ejército, se había pasado á las particularidades más minuciosas de la vida del soldado: primero, del soldado en general; luego, del soldado de tal ó cual regimiento; primero, acusando al *sistema*, al gobierno, al ministro; luego, al general de división, á este coronel, á aquellos capitanes; se habían nombrado personas, citado hechos, convocado jurados, trabado duelos; en fin, después de hablar mucho, de escribir, imprimir, desafiar, se había apaciguado la tempestad y vuelto todo al anterior estado. Todo, excepto las cabezas de los soldados, que habían cambiado. Los que sabían leer habían tomado gusto á la polémica y ningún día dejaban de leer los periódicos; castigados por ha-

bérseles sorprendido leyéndoles, se habían dedicado á meditarlos; castigados también, cada cual procuró hacerse con una pequeña colección de los números más furibundos y los repasaban á veces á hurtadillas, ya por las escaleras del cuartel á la hora de la limpieza ó ya detrás de los árboles de la plaza á la hora del descanso. A fuerza de leer se les había quedado en la cabeza cierta suma de palabras y de sentencias, que iban soltando poco á poco, á media voz, con mirada torva, cuando el oficial que los reprendía volvía las espaldas. Un capitán que les aconsejase que no frecuentaran las tabernas con ciudadanos que hablasen de monarquía y de república, era un hombre que tenía miedo de las *ideas nuevas*. Un subteniente que, dando una conferencia á la compañía, explicase qué es el ejército, cuál su misión y sus deberes, de un modo que no les cuadrase, era un hombre que entendía al revés *el espíritu de las instituciones*. Al sargento que daba una orden y cortaba la palabra en la boca diciendo: «¡Silencio!» se le contestaba murmurando: *No soy un autómeta*. La palabra «soldado» iba siempre acompañada, como calificativo imprescindible, del adjetivo *pobre*, y ciertos arrebatos de cólera contra un superior ausente terminaban invariablemente con una frase misteriosa que hacía brillar los ojos de los circunstantes: *Ya llegará el día...*

Nuestro soldado había sido uno de éstos y de los más fogosos. Apenas regresado al pueblo con el ánimo agitado todavía y la memoria fresca con todos aquellos hechos y lecturas, se había dedicado á hacer propaganda de las *ideas nuevas*. Establecido en una pequeña tienda de licores, la había convertido en punto de reunión de los descontentos del pueblo. Allí se leían periódicos, se hablaba de *dilapidación del Tesoro público*, de *trata de blancos* y de otras cosas, que no todos comprendían, pero que parecían sentir profundamente. Y el nuevo

tribuno era la voz más autorizada de la asamblea, no sólo porque daba de beber al fiado, sino porque tenía cierto ingenio de mala persona, embadurnado con un estilo de gacetilla, mantenido vivo y elocuente con un continuo estado de semiembriaguez.

La noche del día en que Carlos había regresado de sacar el número, nuestro personaje, que se llamaba Marcos, estaba hablando con tres ó cuatro reclutas en su tienda. Le pedían informes acerca de la vida del soldado y le escuchaban con la boca abierta.

— Habéis de saber, decía echándose atrás el sombrero como para dar libre curso á sus ideas; habéis de saber que el mal está en que los superiores no estudian ni saben una palabra de nada. Y cuando falta esto — y se tocaba la frente con el índice, — por más que uno esté lleno de galones y cruces, siempre será un burro. Estamos muy atrasados, esa es la gran cuestión.

— ¿Y la comida?, preguntó uno.

— La carne, contestó encendiendo el cigarro, está casi siempre pasada; la sopa se da á los pobres, y de vino no hay que hablar.

— Pues entonces, ¿cómo se vive?

— Cada cual se arregla como puede; se sigue el ejemplo de los superiores: roba la administración militar, roba la intendencia, roban los contratistas, roban los furrieles, roban los médicos; en fin, es un latrocinio general, y todos hacen su negocio á costa del soldado.

Uno le preguntó cómo se estaba con la disciplina.

— Mal... los apocados. En el oficio del soldado, los tímidos son los que siempre llevan la peor parte. Para ellos son siempre los palos, el cepo, el ponerlos á pan y agua. Pero quien tiene un poco de seso y otro poco de sangre en las venas, ya

es otra cosa. Es preciso saber enseñar los dientes á su tiempo y lugar; los superiores también han de conservar su pelleja: todo consiste en no dejarse poner el pie en el pescuezo. Un capitán me habla tomado ojeriza y todas las semanas la emprendía conmigo; era una vida que no podía durar. Un día lo cogí á solas, porque, tenedlo muy presente, con los superiores no ha de haber testigos; si hay quien vea, ya estáis fritos; solos, se niega hasta la muerte y se salva la piel. Le cogí á solas, en un corredor, de noche, cuando menos lo esperaba, y os aseguro que le dije cuatro palabras de esas que llegan al alma: «¡O me deja usted en paz, ó le juro que á mí me pegarán un balazo en la espalda, pero usted se encontrará con un palmo de bayoneta en la barriga sin que le salve ni el Antecristo!» No me contestó una palabra; si me hubiera llegado á decir algo, le habría atravesado como una rana. Todo consiste en esto: no hay que dejarse poner el pie en el pescuezo.

— ¿Y la guerra?, preguntó otro.

— De la guerra no hay que hablar, contestó Marcos; en la guerra es preciso que cada cual cumpla con su deber. No hay más que una patria, y el soldado es el defensor de la patria. Pero siempre resulta lo mismo: que los generales no saben lo que se hacen. Figuraos que en 1866, mientras marchábamos sobre Venecia, encontrando fortalezas por todas partes, nos mandaba un general de brigada, lleno de galones y de cordones, y con un aire capaz de comerse á los austriacos que daba miedo; yo iba de vanguardia y estaba encargado de avisar cuando se avistase al enemigo; pues bien, aquel general no sabía dónde estaba el fuerte de..., no recuerdo el nombre, pero era un fuerte de primer orden, desde el cual nos podían cañonear los austriacos á su sabor; el general, que iba solo, tuvo que preguntármelo á mí, á mí — y se daba palmadas en

el pecho, — á mí, simple soldado, cosa que da vergüenza, y decirme: «¡Eh, tül, ¿hacia dónde está el fuerte tal?» Y yo tuve que responderle: «Señor general, el fuerte de que me habla está allí, mire adonde señalo con el dedo.» Y á no haber sido por mí, nos llevaba al matadero. ¿Qué os parece? ¿Es éste modo de hacer la guerra?

VII

A las once de la noche Marcos se había quedado solo en su tienda, alumbrada con una lámpara, y leía un periódico atrasado. Carlos entró.

— Número siete, ya lo sé, dijo Marcos echándole una ojeada sin suspender la lectura.

Carlos se sentó á su lado sin decir una palabra, y apoyando un brazo en la mesa, inclinó la cabeza sobre la mano.

— Es una vida dura, comenzó á decir Marcos lanzando á su amigo una mirada de compasión maliciosa; te lo puedo asegurar. Es una vida que para hablar de ella se necesita haberla probado. Te lo digo por tu bien, porque no quisiera que fueras al servicio con una idea falsa, y mi deber de amigo es decirte la verdad. Es una vida del infierno. Figúrate toda clase de humillaciones; no podrás imaginarte cuántas tendrás que sufrir: te lo aseguro. Llorarás lágrimas de sangre. Ante todo, si tienes algún sentimiento del honor, has de saber que el soldado ha de hacerse cuenta de que no lo tiene. Cabos, sargentos, tenientes, capitanes, son gente toda pagada para tratarte de burro y de majadero á cada paso y por turno. En la plaza de armas, en presencia de medio mundo, te pegan una bofetada y la gente se detiene y ríe. En las marchas, cuando uno se muere de sed en términos de no tener ya apariencia humana,

y se queda uno rezagado ó cae en medio del camino, entonces todo se vuelve puñetazos y puntapiés, que no los descarga tan fuertes un cabo de vara. He visto al capitán de una compañía, uno de cuyos soldados estaba enfermo y apenas podía andar, y como él creyera que aquello era fingido, le hizo ir delante á empujones y patadas por espacio de media milla hasta que rodó á un foso y allí reventó. Es cosa de volverse loco. Y á veces dan también sablazos de filo. No hay compasión, amigo. El soldado es una bestia; conque prepara la espalda y la cara. Y al que se rebela, ó le meten en un calabozo para que se lo coman vivo los ratones, ó lo envían á una compañía disciplinaria donde le muelen los huesos á palos. Y si tienes la desgracia de enfermarse, no te digo más sino que todo el mundo sabe lo que son los hospitales militares. Si no te curas cuanto antes, te dan pasaporte para el campo santo como dos y dos son cuatro, porque, enténdelo bien, no quieren mantener gente inútil. He visto compañeros míos tendidos en aquellas camas, con los ojos vidriosos y la cara de color de cera. Es cierto que te puede tocar la suerte de ir á la guerra. Entonces tus superiores se calzan con un grado y tú dejas las tripas en medio de un campo, si antes no te toca ponerte en fila con una docena de camaradas y tener que pegar un balazo en la espalda á algún amigo tuyo condenado por «haber abandonado su puesto enfrente del enemigo.» Créeme, es una vida de presidiarios. Para resistirla se necesita no tener sangre en las venas. Quisiera poseer tantos escudos cuantas han sido las veces que he visto á compañeros míos arrancar con los dientes el lienzo del catre ó echar mano á la bayoneta para clavársela en la garganta. Lo que es yo, y no lo digo por desanimarte, pues no sería acción de caballero, iría á presidio, consentiría en pudrirme en una cárcel, hacerme salteador de caminos, dejar

que me ahorcaran en medio de una plaza, antes que volver á ser soldado. Si me volviesen á llamar, tomaría el camino de Francia ó de Suiza. ¡Se han ido tantos! ¿Qué quieres? No me creo nacido para recibir puñetazos, puntapiés y sablazos, y en último resultado, preferiría que un carabinero en la frontera me disparase un tiro en medio del pecho, que al menos no sería más que un balazo, á que mis compañeros, mandados por el ayudante mayor, me descargasen doce por la espalda. Conque ánimo y andando. En suma, son cinco años..., cinco años larguísimos en verdad; pero cinco años no son la vida.

VIII

Al día siguiente, Carlos y Camila se reunieron á la puerta de la casa á la hora de costumbre. Ella tenía los ojos encendidos; él la saludó sonriendo.

— ¿Estás contento?, le preguntó Camila.

— Sí.

— No parece sino que has olvidado ya que debes marcharte.

— Es que no me marchó, contestó francamente el joven.

— ¡Que no te marches!

— No; no pienso ir al servicio, añadió Carlos recalcando las palabras.

— Pues te meterán en la cárcel, dijo Camila mirándolo sobresaltada, porque adivinaba su intención.

— Si me dejo prender, murmuró Carlos mirando al espacio.

— Carlos, exclamó la joven dejando su labor, bromeas.

— ¿Que bromeo? Ya lo verás.

— No piensas en lo que estás diciendo. No me quieres. ¿De cuándo acá se te ha ocurrido esa idea?

— Siempre la he tenido.